

El mal camino

SÉBASTIEN JAPRISOT

Traducción de Teresa Clavel

gatopardo ediciones 

Título original: *Les Mal Partis*

Copyright © Robert Laffont, 1950,
© by Éditions Denoel, 2000

© de la traducción: Teresa Clavel, 2020
© de esta edición: Gatopardo ediciones, S.L.U, 2020
Rambla de Catalunya, 131, 1^º-1^ª
08008 Barcelona (España)
info@gatopardoediciones.es
www.gatopardoediciones.es

Primera edición: marzo de 2020

Diseño de la colección y cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: *Snake (albino python) and red apple*

© Buena Vista Images

Imagen de interior: Sébastien Japrisot en 1970. De autor desconocido.

Sin restricciones conocidas de derechos de autor

Imagen de la solapa: de autor desconocido.

Sin restricciones conocidas de derechos de autor

ISBN: 978-84-17109-79-0

Depósito legal: B-4885-2020

Impresión: Reinbook serveis gràfics S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



El escritor francés Sébastien Japrisot en 1970.

*A Germaine Huart,
a Pierre Sempé
y a mí mismo*

«Si puedes, cree en tu Dios,
pero sobre todo cree en tu vida.
Si tu vida olvida a tu Dios, conserva tu vida.
Si tu Dios te impide vivir, abandona a tu Dios.
Tu vida es única
y, seas quien seas, tu Dios no es el mío.»

CAPÍTULO 1

Era el año en que Denis empezaba cuarto curso.¹

Durante las vacaciones habían pintado los edificios y arreglado los patios. Las contraventanas eran verdes y brillaban. Los cristales estaban limpios. En el locutorio había sillones nuevos, y en los pisos donde se hallaban las dependencias de los vigilantes, tarjetas con su nombre en las puertas. Pero los alumnos no se fijaban en todas esas novedades. Había bancos y pupitres nuevos con un agradable olor a limpio, pero los alumnos tampoco se fijaban en eso. Lo único que les interesaba a la vuelta de las vacaciones eran los nuevos vigilantes.

Aquel año había uno en cada división. Encorvados y con semblante serio, miraban a los alumnos cuando los tenían cerca. Les habían dado una gran hoja con los nombres de todos, indicando la fila y el asiento que ocupaba cada uno en la sala de estudio. Incluso habían marcado con una cruz roja el nombre de los que no eran buenos alumnos, aquellos a los que llamaban «las lumbreras».

1. En el sistema educativo francés, el primer ciclo de la enseñanza secundaria está compuesta de cuatro cursos: sexto (11-12 años), quinto (12-13 años), cuarto (13-14 años) y tercero (14-15 años). (N. de la T.)

Antes de la primera hora de estudio del día, Denis fue a mirar la hoja. Subió solo. Era la hora del recreo y los demás estaban en el patio. No encontró a nadie ni en el vestíbulo ni en la escalera. Tal como esperaba, en la hoja que estaba sobre la cátedra vio una cruz roja junto a su nombre. También había una junto al nombre de Pierrot. Se encogió de hombros y bajó al patio.

Pierrot estaba jugando con los demás.

—Tienes una cruz —dijo Denis corriendo hacia él.

—Lo sabía —dijo Pierrot—. Todos los años la tengo.
¿Tú también?

—Desde luego —contestó Denis—. Por suerte.

Miraron al vigilante. Andaba despacio por el patio, empujando piedras con la punta del pie. Era joven, bajito, de tez rosada y mofletudo. No levantaba los ojos del suelo y paseaba, aburrido.

—¿Cómo se llama? —preguntó Pierrot.

—No tengo ni idea —dijo Denis—. Como no lo sabemos, le pondremos un nombre.

—No parece que sea un hueso.

—Nunca parecen serlo, y lo son.

—Ya veremos —dijo Pierrot.

Y se puso a correr de nuevo, con los demás, tras el balón. Denis se quedó en medio del patio, esperando el aviso del final del recreo. El vigilante seguía empujando piedras mientras caminaba. Por debajo de la sotana se le veían los calcetines, negros y zurcidos. Cuando pasó junto a Denis, levantó la cabeza y sonrió. Se detuvo y miró el cielo. Denis también miró el cielo. Sabía eso desde hacía mucho. Cuando ellos levantan la cabeza, hay que levantar la cabeza. Cuando ellos la bajan, hay que bajarla. Es preciso hacer lo que ellos hacen. Es la manera de conseguir que no se sientan bien. De incomodarlos. Solo se sienten cómodos con los que no hacen lo mismo que ellos, como Prieffin, por ejem-

plo. En cuanto ellos levantan la cabeza, Prieffin baja la suya y mira al suelo en actitud sumisa. Prieffin era una mosquita muerta, pensaba Denis. Seguro que no había una cruz junto a su nombre.

—¿Usted es Leterrand? —preguntó el vigilante en un tono reposado.

—Sí —respondió Denis—, soy yo.

El vigilante asintió con la cabeza y se fue.

—Vale, ¿y...? —dijo Denis muy bajito.

Los primeros días siempre son así.

En el patio, el vigilante pasea, y a veces se detiene junto a un chico para preguntarle su nombre. El chico se limpia las manos en los pantalones y responde sonriendo. Después, va a decirles a los demás que el vigilante no parece un hueso y que aquel curso las cosas irán bien.

Durante la hora de estudio, los alumnos están tranquilos y no hablan entre ellos. Si uno le pide algo a su vecino, en voz baja, con una mano delante de la boca, los demás levantan el tono y dicen «Chiss... ¡ya está bien!...», como si realmente los importunaran tanto que les resultara imposible concentrarse en su tarea. Después miran al vigilante para cerciorarse de si se ha dado cuenta de que están importunándolos.

Al bajar a clase, en la escalera, los chicos van en fila y no hacen ruido con los pies. Cuando llegan al vestíbulo, se santiguan de manera ostensible al pasar por delante de la Virgen. Y bajan con devoción la mirada.

En las aulas reina la calma. Es principio de curso y hay libros nuevos. Los alumnos esperan en el economato a que los llamen. Cuando uno de ellos oye su nombre, se levanta y baja a buscar sus libros. El encargado del economato pregunta si los quiere de segunda mano. Entonces él mira a los demás con aires de superioridad y dice que los quiere

nuevos. Cuando alguien pide libros usados, los demás esbozan una sonrisa falsamente comprensiva y, si es nuevo, fingen que no ven el parche en el fondillo de los pantalones. Y ya con su botín a cuestas, los alumnos creen que dejarán boquiabiertos a sus padres cuando les cuenten que para ese curso tienen más de veinte libros. Regresan a clase y miran las páginas donde hay fotos. Pero no las miran todas, para que queden algunas por descubrir a lo largo del curso, cuando uno no tiene ganas de hacer la traducción impuesta y no sabe en qué ocupar el tiempo durante la hora de estudio.

Los profesores pasan lista varias veces al día, y los chicos se pelean para conseguir los sitios que están más cerca de la cátedra. El mejor es el que está junto a la puerta. El que se sienta ahí es el encargado de hacer una lista de los alumnos que faltan ese día. Puede levantarse, presentarle la hoja al profesor para que la firme, salir, colocarla junto a la puerta y volver sonriendo a los demás. Pase lo que pase, es un alumno importante: hace la lista de los que faltan, es prácticamente el jefe de la clase.

Todavía no estudiamos. A partir del tercer día empieza el retiro. Dura cuatro días y no es agobiante. Hay recreos de dos horas después de misa y de las oraciones. Los sermones son interesantes, a menudo te enteras de historias curiosas. Lo más pesado es la adoración eucarística, cuando la noche ha caído sobre el colegio. A esas horas estamos hartos de iglesia y nos duelen las rodillas de tanto apoyarnos en ellas. Así que fingimos que prestamos atención y nos arrodillamos, pero en realidad pensamos en aquel chico que se rompió una pierna esquiando sobre hierba, y nos sentamos en el borde del banco para descansar. Cuando hay que cantar, abrimos la boca y no cantamos. Si pasa el vigilante, subimos el tono más que los otros, afinando la voz para estar en el coro.

Porque se selecciona a los chicos que formarán parte del coro. El prefecto viene al patio y llama a grupos de alumnos para llevarlos al pequeño comedor. Allí, les hace cantar las escalas de uno en uno para identificar las buenas voces. Algunos chicos no quieren formar parte del coro y desentonan adrede. Pero el prefecto reconoce las buenas voces y, a pesar de eso, escoge a los que la tienen.

Estar en el coro del colegio no es tan malo. Se ensayan los cánticos tres días por semana. Y esos días no se va a la sala de estudio hasta después de las cinco, cuando los demás ya llevan mucho rato estudiando. Estos te miran con envidia y tú te diriges a tu banco dándote aires de importancia.

Aparte de eso, cada uno les dice a los demás que es el «ojito derecho» del vigilante. Cada uno de ellos se cree el «ojito derecho» y piensa que los demás no lo son.

Los primeros días siempre son así.

Había hojas secas que cubrían los márgenes de los paseos. Había un cielo grisáceo y grandes nubes en el cielo. Las nubes eran bajas y podíamos verlas por las ventanas de la sala de estudio. Siempre es un consuelo pensar que estarás todo el curso cerca de una ventana. Las tardes de invierno se hacen interminables en la sala de estudio. Así que levantas la cabeza y miras por encima de las ramas. Durante unos minutos paseas por el cielo, pensando en no se sabe qué. Siéntate bien. Luego regresas a tu banco y continúas hojeando el diccionario de griego con resignación.

Los que no están cerca de las ventanas buscan otras maneras de interrumpir el trabajo. Algunos, hacia las seis, sacan silenciosamente terrones de azúcar de debajo del escritorio y los mordisquean mientras simulan que buscan una palabra difícil. El azúcar endulza la boca, por eso se deja que se deshaga muy poco a poco en su interior. Después se suspira profundamente y se reanuda la tarea.

No todos los alumnos tienen terrones de azúcar o una ventana cerca para perderse en el cielo, aunque todos encuentran la manera de perderse en alguna parte. Hay quienes miran fotos que llevan en su cartera. Hay quienes leen las historias de las traducciones inversas en el libro de latín. Hay quienes dibujan caras en un trozo de papel. Otros, por último, se levantan y van hacia la cátedra del vigilante con indolencia. Piden permiso para ir al servicio o para pedir prestado un libro. Si el vigilante está de buen humor, pueden salir un momento o pasearse entre las mesas.

—Ah, eres tú —dicen los otros—. ¿Qué quieres?

—Nada, pero pásame un lápiz para que parezca que te pido algo. Pero sin prisa, que tengamos tiempo de hablar.

Y charlan frente a frente, en voz baja, entre risas sofocadas. No hace falta mucho para ser feliz en esos momentos. Al final, el vigilante carraspea levantando la cabeza para que el alumno vuelva a su sitio y otros intentan lo mismo.

Denis estaba contento. Aquel curso le había tocado un buen sitio. Tenía a Pierrot detrás de él. Pierrot podía inclinarse sobre su escritorio y hablarle. Cuando el vigilante leía o miraba para otro lado, Denis contestaba. Al lado de Pierrot, estaba Tréville. Tréville era un chico estupendo. Siempre estaba contento y todos pensaban que era un chico estupendo. Además de ellos, Ramon tampoco se sentaba lejos, solo dos bancos delante de Denis, en la fila de la derecha. A Jacky le había correspondido un sitio junto a la ventana, a la izquierda. Sin duda Denis estaba bien situado aquel curso.

Después de la hora de estudio, al final de la tarde, delante del patio de entrada del colegio se creaba un ambiente bullicioso. Había chicas que iban a esperar a los de la primera división, los del último curso. Chicas con zapatos de tacón y los labios pintados. Los demás se burlaban de los mayores

que cogían a las chicas del brazo. Los mayores se iban con una sonrisa ufana, ajustándose el nudo de la corbata. Por fin todos podían gritar a pleno pulmón, y, en la puerta iluminada, los vigilantes hablaban entre sí con una vivacidad inimaginable en ellos durante el día.

Pierrot acompañaba a Denis hasta la parada del tranvía.

Se quedaban mucho rato charlando y no se separaban hasta que a Denis ya se le había hecho tarde. Denis montaba en el primer coche, el que accionaba el resto del vehículo, y se despedía de Pierrot. Miraba por la ventanilla a su amigo mientras este se alejaba con la cartera bajo el brazo, la cabeza inclinada y el pelo rizado. El tranvía lo llevaba al centro de la ciudad y Denis recorría luego un largo bulevar para llegar hasta casa, corriendo sobre las hojas secas de los plátanos, que crujían bajo sus pies.